

EL TEMA DEL MAR EN PEDRO GARCÍA CABRERA.

LA MIRADA CONTEMPLATIVA, LA REFLEXIÓN Y EL COMPROMISO.



P. GARCÍA. CABRERA

ERNESTO J. GIL LÓPEZ



Entre las numerosas facetas que acreditan la profunda y heterogénea capacidad creativa del inolvidable y aún no del todo suficientemente valorado escritor gomero Pedro García Cabrera, una de las menos conocidas, pero no por ello menos atractiva ni carente de interés es la de ensayista, de la que aportamos algunas reflexiones, con el deseo de completar en alguna medida las distintas perspectivas sobre las que tratan otros colegas en este número monográfico.

Hombre al que, por su carácter vitalista y apasionado, lo atrajeron las opciones más diversas y controvertidas de la vida, manifestó su preocupación tanto por los aspectos sociopolíticos o culturales, como por los paisajísticos y educativos, sin excluir otros, y sobre todos ellos fue García Cabrera exponiendo sus valiosas opiniones en un conjunto de testimonios que llegaron a sus receptores a través de diversos medios, desde la conferencia magistral o el comentarios periodísticos, hasta el manifiesto o la comunicación en congresos, sin dejar de lado el comentario literario o crítico en revistas o en notas de prensa. La mayoría de estos documentos serían recogidos en 1987 por el equipo de profesores universitarios formado por Sebastián de la Nuez, Rafael Fernández y Nilo Palenzuela que abordaron la admirable tarea de recopilar sus *Obras completas*¹, editadas por la Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.

Muy pronto, a comienzos del próximo año, está previsto que la Editorial Verbum publique una nueva edición revisada de estas *Obras*, en tres volúmenes, coordinada por los profesores Nilo Palenzuela y Rafael Fernández².

Resulta difícil ofrecer en tan pocas páginas una panorámica completa ni medianamente exhaustiva acerca de la producción poética y ensayística de Pedro García Cabrera, que merece, sin duda, investigaciones mucho más minuciosas y extensas. Por eso, debido a esas limitaciones, hemos aprovechado esta oportunidad para reflexionar sobre uno de los núcleos más re-



presentativos de su obra, como es el mar, en el que el gran poeta de Vallehermoso fijó su mirada contemplativa primero, y más tarde expuso sus reflexiones en esa red de temas entrecruzados que constituye su faceta crítica.

Sobre él y sus distintas interpretaciones y relaciones volverá García Cabrera una y otra vez a lo largo de sus escritos, como iremos viendo. Y eso sucede ya desde el principio, pues ya su primer poemario, *Líquenes*³, está completamente cargado de alusiones al mundo marítimo. Desde su título, que explicita en su poema 22, un magnífico caligrama dedicado a una tortuga, donde se aprecia ya el virtuosismo del poeta desde sus comienzos. Como bien ha apuntado Esteban Amado, con este primer libro, García Cabrera se incorporaba ya plenamente a las tendencias por las que discurre la lírica europea contemporánea⁴, al tiempo que proclamaba a los cuatro vientos, ya desde el principio, su devoción marinera con estas palabras iniciales de salutación:

*Al mar, en la lejanía
la ha vacunado una vela.*

Y a esta primera composición, de la que citamos sólo los dos versos liminares, seguían otras sesenta y nueve en las que por una u otra parte se reiteraban las menciones a este medio que rodea a las Islas y a sus habitantes y que constituye una presencia imposible de soslayar para un isleño. Hasta el punto de, en una excelente hipérbole poética, llega a inundar sus vidas, como, en esa extraordinaria concepción de la vida cotidiana que tenía el poeta, le sucedía su amigo, el pintor majorero y también poeta Juan Ismael, al que, afectuosamente advierte:

*Dentro la gavetilla de tu mesa
Hay un mar. Tu mar, Juan Ismael.
(poema 37)*

y cerraba con esas palabras tan esperanzadoras como aventureras, auténtico código de ilusiones para llenar una vida, la suya, tan llena de navegaciones y puertos:

*navegar
Ser liquen hinchado de mar,
En el mar.*

*Navegar.
Navegar.*

*Navegar
(poema 70)*

Vendrían después muchos otros libros, en los que el mar vuelve a recuperar este papel protagonista, de manera especial en *La rodilla en el agua*⁵, redactado entre 1934 y 1935, pero que no vio la luz hasta 1981, en cuyo prólogo definía el poeta la Isla en función del mar, el cual la ciñe de cintura para abajo, pudiendo ocultar así, tal como imagina el creador, una larga cola de sirena o ser el seno de una deidad marina. O bien, la Isla se afirma como una entidad sola e inmóvil, llena de su destino y cerrada con las llaves de su seguridad, frente a todo lo externo que se mueve: el agua, el aire, el fuego, la luz o las nubes, para concluir, en el último poema de ese libro, “Isla y mujer”, asociándolas, identificándolas en una sola imagen: “isla madre, mujer, volcán, destino”.

Conceptos a través de los cuales, como apuntó Nilo Palenzuela, el poeta nos trae a la memoria todos los significados primeros de *su* isla, desde lo situado en lo raigal, la concepción de la isla como “destino” y portadora de determinados atributos ético-morales, hasta aquella otra faz en la que se revela como “omphalos” del cosmos y símbolo del paraíso, de la eterna primavera, rasgos que este investigador considera fundamentales en la estructura simbólica del itinerario erótico y amoroso de *La rodilla en el agua*⁶.

De nuevo reaparece el mar en *Con el alma en un hilo*, uno de los tres libros que componen el *Romancero cautivo*, inédito hasta la aparición de las *Obras completas*, y que fue compuesto en el campo de concentración de Villa Cisneros, en 1936. El mar que aparece allí es, sin duda, un mar acorde a las dramáticas vivencias que el poeta soportaba en aquellos momentos, de ahí que lo vea como

*El mar de las agonías
bate en los acantilados
que la isla de la espina
levanta en cada forzado.*

Este poemario recogía la tremenda aventura de un grupo de 37 prisioneros deportados desde Santa Cruz de Tenerife, el 19 de agosto de 1936, hasta Río de Oro, de donde se fugarían al final hasta Senegal, entonces África Occidental Francesa el 28 de marzo de 1937, fecha en que se apoderaron de un Fuerte Militar y tomaron el buque “Viera y Clavijo”, con el que viajaron hasta Dakar. Contaba García Cabrera en el “Prólogo” que había copiado estos poemas con un lápiz muy fino en las hojas de un estuche de papel de fumar, que, considerado por los guardianes como un útil de consumo personal, había podido pasar desapercibido en sus registros.

Muchos años habrían de pasar hasta que, en 1959, saliera a la luz su libro *La esperanza me mantiene*⁷, en el que utiliza como título el último verso de una conocida copla popular, que al parecer escuchaba en su infancia y que dice:

*A la mar fui por naranjas
cosa que la mar no tiene,
metí la mano en el agua:
la esperanza me mantiene*

copla que, por lo que parece, también conocía García Lorca, quien, como bien recordaba Domingo Pérez Minik⁸, juega también con el primero de estos versos en uno de sus poemas, “Adelina de paseo” donde aparecían estos versos:

*La mar no tiene naranjas,
ni Sevilla tiene amor.⁹*

Como apuntaba Pérez Minik en el “Prólogo” de *La esperanza me mantiene*, en aquella coplilla popular que escuchaba García Cabrera en su infancia pueden vislumbrarse las claves en torno a las que se mueve su obra. En efecto, en ese breve poema se conjugan, por un lado, una situación perfectamente real como es la del deseo de introducir una mano en el agua y buscar en ellas naranjas, algo que se sabe perfectamente que es muy difícil que el mar pueda darnos, pues no las produce; y luego, esa línea de lo creíble queda rota por ese último verso final que aparentemente no tiene nada que ver con todo lo anterior, pero que expresa un principio, el de adoptar la esperanza como soporte vital, y que, como dice el crítico, puede darle al confiado que mete la mano en el agua, si no naranjas otros muchos regalos, desde

...los cuerpos de sus amigos ahogados, la paz inverosímil, la memoria de la infancia, la posibilidad de un hijo, la figura ideal de la patria, la consecución de la libertad soñada, el negro y azul archipiélago de sus islas, la melodía melancólica de sus sueños.

Son éstas algunas cosas que se apartan claramente del mundo real, pero no por ello menos valiosas ni apreciables para el poeta que, feliz con estos hallazgos, y como apunta el crítico, seguirá yendo hasta el mar en busca de otras muchas que sólo se colmarán “en el soliloquio último de estas aguas intranquilas”¹⁰.

Ya introduciéndonos en otro ámbito distinto, como es el del ensayo, se podrá percibir que ni siquiera en ese terreno, que exige una perspectiva más objetiva y un punto de vista formal, con pocas divagaciones poéticas, el poeta sigue embebido en sus sueños marineros y en una órbita tan literaria que llega a contemplar la inauguración de una nueva editorial como si de un panorama marítimo se tratara. Así se desprende de su entrevista al director de la Editorial Iriarte, Eduardo Díez del Corral¹¹, en la que el poeta despliega un lenguaje intencionadamente



marinero para construir una auténtica alegoría del mar. Esta editorial, a ojos del poeta, aparece en el ámbito cultural de Canarias (descrito como “nuestro mar literario” y surcado por naves tan emblemáticas como el “superdreagh-nouth” de *La Rosa de los Vientos*, o el “cosmopolita paquebote de turismo” que fue el *Hespérides*, “a más de algunos remolcadores ligeros y gabarras ventru-das”), representa el papel de “un flamante y limpio astillero, que hará botaduras quincenales de novelas cortas, lanchas de recreo”. Y concluye la entrevista con un breve comentario sobre la primera de esas novelas que va a salir a la luz, obra del propio Díez del Corral y que va a llevar por título *Cuando una canaria quiere*¹², sobre la que ofrece esta imagen plena de connotaciones poéticas y de belleza:

Pero en mi adiestramiento marino pasé por ojo la airosa lancha. Cuando una canaria quiere. Su corte es muy ligero y sus líneas de un solo trazo. Tienen una buena “soldada” de peces de colores –imágenes-frescos aún por flotar en el agua azul de la emoción. Los remos son de estirpe veloz, por lo que permiten sospechar fáciles singladuras.

Ahora bien, para García Cabrera el mar no es únicamente una fuente de atractivas sugerencias poéticas. Es mucho más que eso. El mar constituye para el isleño una referencia insoslayable y decisiva, hasta el punto de afirmar que “Todo nos vendrá del mar”. Esto explica la diferencia que establece entre el paisaje continental y el insular, ya que ve el continente como una pampa fija, mientras que el paisaje insular se caracteriza por esa “planicie ondulada y dinámica” que nos rodea¹³. Es más, señala que, si para Fray Luis de León el “mare nostrum” poseía dos dimensiones, largo y ancho, para el poeta grancanario Bartolomé Cairasco, cuenta con una dimensión más, la profundidad¹⁴. Una profundidad que, a vista de pájaro, permite contemplar las siete islas canarias como siete sellos en la carta del mar. Y, aún añade algo más, y es que el mar es el requisito que hace posible que una isla sea tal, pues recuperando aquella famosa definición escolar de isla, nos recuerda que ésta es un “trozo de tierra rodeada de agua por todas partes” y que, por lo tanto, “La isla, para definirse, necesita –imprescindiblemente– el mar”. Un mar que, como acertadamente observa Rafael Fernández¹⁵ en el “Prólogo”, no es un mero espectador pasivo de lo que sucede en las Islas, sino que modela las esencias primitivas de los isleños y que, al tiempo que “coloca” puentes y caminos entre ellos isleños y otros horizontes, también los aísla.

Y, en relación con esto, resulta muy apropiado evocar las palabras de García Cabrera “Sobre el próximo recital de S. Suárez León”¹⁶, donde comienza



Pedro García Cabrera

destacando, precisamente, esa separación que algunos intentan crear entre las Islas y sus habitantes, convirtiéndolos en mundos aislados, cercados y cerrados, odiándose desde sus fronteras:

Aislotadas las islas, circunscritas a sus límites de mar y soledad despierta, rara vez rompían el cerco de lo geográfico para buscar una comunión de intereses y de afectos. Años y años encerradas en sí mismas, mirándose unas a otras desde fronteras de odios inútiles, al compás de un patriotismo sin ninguna finalidad práctica.

La postura de García Cabrera respecto al tema del “pleito insular” no deja lugar a dudas: el resultado de esas separaciones, de esa ruptura, es muy negativo: impide que se pueda alcanzar un elevado coeficiente en el intercambio de valores intelectuales, de ahí que defienda la solidaridad, la unión fraternal entre los isleños, que, al sumar fuerzas e intercambiar conocimientos, conseguirán un mayor enriquecimiento cultural y humano.

Abundando aún en el tema de los enfrentamientos y la presencia del mar en los mismos, tocará también Pedro García Cabrera el tema de la conquista de las Islas, que contempla a través de la percepción de dos poetas tinerfeños



del siglo XIX, José Desiré Dugour y Ramón Gil Roldán²⁶. Se parte de una cita del drama *Tenerife en 1492* de Desiré Dugour, en el que el héroe isleño Bencomo lamenta el sometimiento de “la mar soberbia” ante los deseos expansionistas del hombre continental quien, deseoso de conquistas, lo surcará con sus aladas naves, para ir en “busca de otro suelo que a su afán le cuadre”, y concluye con una pregunta retórica que, oída desde el panorama contemporáneo de un mundo purulento de conflictos bélicos por todas partes, casi nunca con una justificación razonable, resulta de una ingenuidad inmensa:

*Tan estrecho es el mundo, que ambicioso
por un palmo de tierra, el hombre trabe
lucha feroz. ¿El ancho continente,
no basta a sus deseos insaciables?*²⁷

Para el pacifista Pedro García Cabrera, que tantos y tantos escritos lanzó en contra de la guerra y de los enfrentamientos humanos, y que sufrió tan directamente en su propia piel las consecuencias del belicismo, el mar permanece puro, testigo inocente de las luchas fratricidas humanas. Es más, será él quien, en su seno de paz, acoja a quien, víctima de ellas, opte por huir del enfrentamiento. Así es, en efecto, su papel en el otro texto, el del romance de Ramón Gil Roldán, *El Mencey Loco*, en el que el mencey de Anaga elige arrojar al mar, ofreciéndole su vida, a cambio de escapar de la prisión a la que pretenden someterlo los conquistadores.

Y concluyendo ya, no quisiéramos olvidar uno de los comentarios en prosa más bellos y, a su vez, más poéticos de Pedro García Cabrera, “Paisaje de isla. Estudio del día gris”²⁸, donde el que el escritor se deleita en la descripción del paisaje insular, y destacando su “profundidad relevante. Profundidad que se ahonda en grises”. Y como tantas veces, destaca de nuevo el papel del mar como factor determinante del paisaje del Archipiélago y su influencia en los isleños. Así definía la condición insular:

Podemos decir que la música es marina y la plástica terrena. En el isleño predomina un sentimiento musical. Y en él es la lejanía amor. Pero un amor activo y una lejanía dinámica que se aleja y acerca en función de nubes y melancolías. Mar, horizonte, música, melancolía es el alma insular.

Hermosas palabras, plenas de conceptos que, por su profundo mensaje invitan a una meditada reflexión y constituyen el mejor broche para este



trabajo, humilde homenaje hacia quien con tanta intensidad se sumergió en las Islas y en su mar.

NOTAS

1. Pedro García Cabrera, *Obras completas*. Edición a cargo de Sebastián de la Nuez, Rafael Fernández y Nilo Palenzuela. Consejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias. 1987. 4 volúmenes.
2. Pedro García Cabrera, *Obras*. Edición de Nilo Palenzuela y Rafael Fernández. Editorial Verbum. Madrid. 2005.
3. Pedro García Cabrera, *Líquenes*. Editorial Hespérides. Santa Cruz de Tenerife, 1928.
4. Esteban Amado Santana, *Pedro García Cabrera. En torno a una existencia poética*. Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1985, pp. 37-38.
5. Pedro García Cabrera, *La rodilla en el agua*. Editorial Benchomo. Santa Cruz de Tenerife, 1981.
6. Nilo Palenzuela, *El Primer Pedro García Cabrera*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas, 1991, p. 222.
7. Pedro García Cabrera, *La esperanza me mantiene*. Artes Gráficas "Argés". Madrid. 1959.
8. Véase el "Prólogo" a *La esperanza me mantiene*.
9. Federico García Lorca, *Canciones*, en *Obras completas*, vol. I. Edición de Miguel García Posada. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores. Barcelona, 1996, p. 366.
10. Es evidente que estas imágenes, si bien suponen una ruptura con la realidad, no constituyen, todavía, esa inmersión en el surrealismo que compartían sus compañeros de la *Gaceta de Arte*. Y es que, como bien ha señalado Miguel Pérez Corrales en su "Historia documental del surrealismo en Canarias (1930-1936)", en *Homenaje a Alfonso Trujillo*. Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1982, pp. 665-741, los poemas surrealistas de García Cabrera no fueron anteriores a 1936, sin dar siquiera muestras de interés por el surrealismo ni en sus artículos con anterioridad a esa fecha. (p. 673).
11. "Hablando con Díez del Corral (La Editorial "Iriarte")". Publicado en *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, el 2 de marzo de 1928 y reproducido en el vol. IV de las *Obras completas*, pp. 191-193.
12. Eduardo Díez del Corral, *Cuando una canaria quiere*. Editorial Iriarte. Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de J. Bethencourt Padilla, 1928, 62 páginas, con ilustraciones de Francisco Borges, y precedida de una "Loa a la mujer canaria" de Juan Pérez Delgado (Nijota).
13. "El hombre en función del paisaje", publicado en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, los días 16, 17, 19 y 21 de mayo de 1930 y recogido en el vol. IV de las *Obras completas*, pp. 201-209.
14. Sobre este punto vuelve a insistir García Cabrera en un bello trabajo sobre la concepción del mar en los griegos y particularmente en Homero, analizándola en sus obras *La Iliada* y *La Odisea*. Véase "Influencia mediterránea y atlántica en la poesía" (publicado por primera vez en el número 5 de *Gaceta de Arte*, en junio de 1932, y reeditado en el volumen IV de las *Obras completas*, pp. 231-234.
15. Rafael Fernández, "Prólogo" al Vol. IV de las *Obras completas*, p. 16.
Véase, asimismo, su amplio trabajo sobre "El mar en Canarias. Paisaje e interpretación literaria".
16. P. García Cabrera, "Sobre el próximo recital de S. Suárez León", *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de noviembre de 1934, y en *Obras completas*, vol. IV, pp. 269-270.
26. Pedro García Cabrera, "Poesía del mar en el XIX tinerfeño", sin fecha de escritura ni de publicación todavía determinadas. Recogida en *Obras completas*, vol. IV, pp. 283-284.
27. José Desiré Dugour, *Tenerife en 1492*, acto I, escena VII.
28. Pedro García Cabrera, "Paisaje de Isla. Estudio del día gris". En *Algas*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de enero de 1935. Recogido en *Obras completas*, vol. IV, pp. 371-372.